

RODRÍGUEZ BRAUN, Carlos, *Estado contra mercado*, Madrid, Taurus, 2000 , 138 pp.

Carlos Rodríguez Braun (Bs. As., 1948) se desempeña como profesor de Historia del pensamiento económico en la Universidad Complutense de Madrid. Su reconocida trayectoria docente se ha visto complementada por una sólida labor investigativa, toda ella enfocada desde una perspectiva marcadamente liberal, en temas de índole político-económicos, entre los que se destacan *“La cuestión colonial y la Economía clásica”* (Alianza, 1989), *“Grandes economistas”* (Pirámide, 1997), *“The economic ministres speak”* (Mc Millan, 1990), y *“Estado contra Mercado”* (Taurus, 2000) aquí reseñado.

El presente libro es lo que podría considerarse un trabajo de opinión, muy cercano por el estilo y las apreciaciones personales, al género ensayístico. A lo largo de toda la obra se observa una aparente superficialidad en el tratamiento de ciertos conceptos, escasas referencias a las fuentes y una bibliografía reducida y excesivamente selectiva. Sin embargo, el autor aclara que la obra está dirigida a un público amplio para el que ha resumido, en un lenguaje llano y accesible, varios años de investigación y reflexión.

El objetivo central de Rodríguez Braun es echar luz sobre una cuestión que, a su entender, representa la principal cuestión política-económica de la actualidad: la delimitación de los ámbitos respectivos del estado y el mercado. La tesis que propone está claramente expuesta en la parte introductoria, *“el estado ha crecido excesivamente a expensas del mercado y ha usurpado derechos y libertades de los ciudadanos no sólo más allá de lo económicamente conveniente sino también de lo políticamente lícito y lo moralmente admisible”* (p. 13)

En cuanto a la estructura, divide al libro en dos grandes capítulos. En el primero de ellos el autor se ocupa del mercado, partiendo del principio que éste, a lo largo del siglo XX, ha buscado ser

delimitado o lisa y llanamente suprimido, actitud que se ha visto justificada en afirmaciones tales como *"el mercado promueve el egoísmo, es antisocial, incapaz de lograr una distribución equitativa y responsable de los grandes traumas económicos"* (p. 17). Estas afirmaciones han encontrado una gran repercusión en la opinión pública y han constituido una constante en la plataforma de todos aquellos sectores políticos autodenominados progresistas.

Categorícamente, desde una perspectiva histórica, el autor considera como desastrosa la experiencia tanto del régimen que suprimió el mercado como de aquel que, desde la esfera política, intervino constantemente en su libre desenvolvimiento. Aún considerando al estado como algo necesario para la organización de una sociedad moderna, sus alcances deben estar limitados al correcto funcionamiento del mercado. Defensor de un sistema económico en el marco de un estado "pequeño" pero efectivo, Rodríguez Braun busca demostrar que los argumentos intervencionistas no hacen más que agravar la crisis e incrementar la intervención hasta extremos inaceptables.

Afirma que la virtud característica del mercado es la competencia; sólo ella puede luchar contra los privilegios, cosa que nunca se logró por otros medios, tales como las legislaciones sociales o redistributivas. El mercado no necesita correcciones porque no es antisocial; aún más: es más social que cualquier dimensión política, puesto que la política siempre excluye, mientras que el mercado es objetivamente imparcial. El fundamento del mercado está en el hecho que cada uno ofrece algo a sus prójimos, y en que esos prójimos aceptan o rechazan lo ofrecido libremente. Es falso, a su entender, que el juego del mercado atente contra los débiles; más bien lo hace contra los ineficientes, quienes constantemente reclaman al poder político por una intervención "salvadora".

En la visión del autor, libertades políticas y económicas van de la mano; más que eso: la ampliación de las libertades económicas ha sido la base de las libertades políticas. De allí que, *"truncar las libertades económicas socava las políticas, entorpece las instituciones y vicia la democracia"* (p. 34). Las sociedades con menores desigualdades son aquellas que menos distorsionan el mercado, puesto que obedecen a la distribución derivada del buen funcionamiento del

mismo. Aquí se detiene para considerar el siempre tan discutido tema de los monopolios. Su opinión al respecto no parece dejar dudas. Si bien han existido y tienen posibilidades de existir, es difícil que un monopolio se mantenga en un régimen de competencia, contrariamente a lo que ocurre en los regímenes intervencionistas, donde el propio estado garantiza la invulnerabilidad de los mismos.

Llevando su planteo al plano nacional, justifica la riqueza de los países en el comercio -y la pobreza de los mismos en la ausencia de éste- en el mercado libre y en la competencia. Aunque el autor sostiene la existencia de fallas en el mercado, opina que, para la corrección de estas fallas no es necesario un recorte de la libertad, debe buscarse, en cambio, soluciones de mercado, ajenas al ámbito estatal.

La segunda sección del libro está dedicada a analizar los argumentos de aquellos que sostienen la intervención estatal y las consecuencias de la misma. En líneas generales, para el autor el concepto de estado ha sufrido una modificación dramática en el transcurso del siglo XX, lo que ha llevado a tener como consecuencia que el estado llegase a ocupar la mitad de la riqueza nacional. Esta trayectoria ha aumentado el poder del estado, contrariando el principio que dio lugar a su nacimiento: limitar el poder. Esta situación se deriva del hecho de hacer cada vez mayor hincapié en los derechos, tales como salud, vivienda y educación, que en las libertades. La redistribución, justificada en la afirmación "el estado crea desigualdad", lleva a que el concepto de democracia y de justicia varíe radicalmente. *"La igualdad y la justicia han dejado de referirse a reglas para referirse a resultados [...] La democracia pasó de ser un límite al poder a ser un estímulo para su intervención y para una politización siempre creciente"*(p. 72). Este estado no hace más que alentar conductas inmorales, porque devalúa la responsabilidad individual.

A modo de conclusión, Rodríguez Braun considera que, lejos de solucionar desigualdades, el estado benefactor es responsable de muchos flagelos sociales. Este estado se ha tornado incompatible con la democracia, amén de verse manejado en beneficio de una clase político-burocrática con intereses propios. El hecho objetivo más revelador al respecto es que el estado nunca cumple con lo que promete, quitando más dinero a los ciudadanos que el que devuelve en término de servicios sociales.

Además considera imprescindible la existencia de un estado controlado, en convivencia con una economía de mercado. Sólo así, en beneficio de la mayoría, se lograrán salvaguardar las libertades básicas y hacer posible la convivencia democrática.

Juan Martín Suriani